



## Los heraldos negros (1918)

# Doble cautiverio

Fiorella Giribaldi

El primer recuerdo que tengo de *Los heraldos negros* no es del libro sino del poema homónimo y proviene, con toda seguridad, del colegio. Cada año algún alumno de grados superiores tenía el honor de "recitar" aquellos versos con tal de cumplir con el único requisito: gritarlo a todo pulmón como si se estuviera sufriendo un dolor terrible. Quizás fue en ese momento en que empecé a generar cierta aversión hacia ese texto en particular.

Una vez leído el poemario en su totalidad algunos años después, comprendí que *Los heraldos negros* no es más que la capa superficial de un conjunto de poemas mucho más interesante. Lo considero una puerta, no solo para los demás textos que lo conforman, sino para su obra misma. Se percibe la imagen de un poeta insurgente. A Vallejo se lo ha "encasillado" de manera injusta en este primer poema, como a un actor al que solo se le reconoce por el primer papel que hizo, que si bien pudo cumplir con los requerimientos, posee otros personajes mucho más elaborados.

Está dividido en siete secciones: "Los heraldos negros", "Plafones ágiles", "Buzos", "De la Tierra", "Nostalgias imperiales", "Truenos" y "Canciones del hogar"; cada uno con una intención en sí mismo, que han sido dejados de lado por falta de investigación o por desinterés.

Si vamos por partes, en *Los heraldos negros* se destaca la influencia modernista, sobre todo de Julio Herrera y Reissig como afirman algunos, dado el ritmo y el lenguaje emplea-

dos para conservar la estética y la métrica en comparación con sus poemarios posteriores. Hay una sensación de esa angustia y culpa muy personales que lo perseguirían a lo largo de su trayectoria poética.

Golpes como del odio de Dios; como  
si ante ellos,  
La resaca de todo lo sufrido  
Se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Aquellos matices existenciales y religiosos que poblaron su infancia y juventud; la alusión a "Dios" y el uso de imágenes católicas es una constante en esta obra. Se puede incluso imaginar a un Vallejo joven dando sus primeros pasos tímidos en el mundo de la literatura sin poder evitar la explosión de emociones que forman ligeros quiebres con un sentimiento frenético en estado controlado.

En el segundo grupo, llamado "Plafones ágiles", constituido por once poemas, se destaca la sensación de circularidad así como de una luz invernal. Desde el mismo nombre, un plafón es un tragaluz al que le ha sido otorgada la cualidad de agilidad; una luz inmóvil colocada en la parte alta de un recinto. Se podría hablar de esto como una ascensión desde la oscuridad que implica "heraldos negros" hacia la consciencia. Se destaca el uso de imágenes bíblicas en contraposición a las paganas, como en el caso de "Nervazón de angustia", que se inicia con el sustantivo adjetivado de "Dulce hebrea" para finalizar con la imagen de "un dionisiaco hastío de café".

El ritmo que llevan los poemas de este grupo sigue la misma línea antagónica en la que se presenta la figura del amor idealizado, para luego salir del molde de una forma algo violenta y sensual y finalmente negar la afirmación anterior. Es ágil y breve, tal como el título lo indica y, particularmente, es una de mis secciones favoritas por el sentimiento de volatilidad y desgarró que me genera su lectura.

Nos encontramos con la imagen de "El Cristo" representada por el poeta, quien, como mártir de su propia existencia, trata de escapar a su sufrimiento a través de la perfección de esta "amada eterna".

Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre  
mía!  
¡Sinfonía de olivos, escancia tu llorar!  
Y has de esperar, sentada junto a mi carne  
muerta,  
Cuál cede a la amenaza, y alondra se va  
(...).

(*"Nervazón de angustia"*)

"Buzos", por el contrario, en los cuatro poemas que lo componen, se adentra en las profundidades de su naturaleza. El poeta está "buceando" en su inconsciente y se torna ambiguo al centrarse en sí mismo a diferencia de "Plafones ágiles" donde está focalizado en la mujer que ama.

Más acá, más acá. Tú estás al borde  
Y la nave arrástrate puede al mar.  
Ah, cortinas inmóviles, simbólicas...

Mi aplauso es un festín de rosas negras:  
¡cederte mi lugar!  
Y en el fragor de mi renuncia,  
Un hilo de infinito sangrará.  
Yo no debo estar tan bien;  
Avanza, avanza el pie!

(*"El palco estrecho"*)

En este fragmento se hace referencia a la contradicción que supone querer estar cerca de ella pero al mismo tiempo tratar de protegerla de la oscuridad que alberga como ser humano. Se evidencia su constante lucha interna. La frustración de amar al ser amado, pero al mismo tiempo saber que no puede hacerlo desde su propia piel.

En el cuarto grupo, denominado "De la tierra", se describe un plano más terrestre que deja aflorar sin resistencia el erotismo contenido en "Plafones ágiles".

Sin embargo, no se aleja del sentimiento de culpa y arrepentimiento al haber ultrajado de forma tan vil la imagen de su amada. Se une directamente a la idea de la muerte y según un estudio de Pedro Granados: "la auténtica comunión con la amada solo será posible dentro del vientre de la madre tierra".

Amada, en esta noche tú te has  
crucificado  
Sobre los dos maderos curvados de mi  
beso;  
Y tu pena me ha dicho que Jesús ha  
llorado  
[...]

Amada, moriremos los dos juntos, muy  
juntos  
[...]  
Y ya no habrán reproches en tus ojos  
benditos;  
Ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura  
Los dos nos dormiremos, como dos  
hermanitos”

(“*El poeta a su amada*”)

El poema “Yeso”, que cierra este grupo, nos muestra una parte de aquel desenfreno que llegaría posteriormente con *Trilce*. Tiene muchos matices vanguardistas y se destaca la presencia del yo poético de Vallejo en todo su esplendor al aflorar el lado femenino del poeta.

¡Amada! Y cantarás;  
Y ha de vibrar el femenino en mi alma  
Como en una enlutada catedral.

En lo particular, este es mi poema favorito porque Vallejo se desnuda de una forma algo dolorosa pero a la vez tierna. Muestra su lado más vulnerable.

En “Nostalgias imperiales” alude al dios Sol, que en este caso vendría a ser su yo poético. Hay un grado de empatía e identificación con el inca y el imperio. Se resalta la tristeza, el sentimiento de habersele arrebatado algo y de ser un náufrago como Manco Cápac en un mundo que era suyo y que intempestivamente es ultrajado por el hombre blanco.

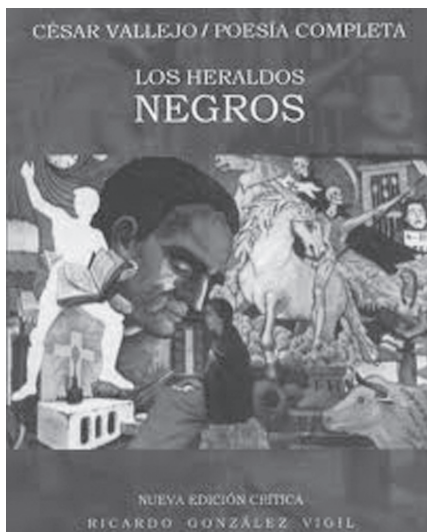
En la hora en rubor que ya se escapa,  
Y que es lago que sulda espejos rudos  
Donde náufrago llora Manco Cápac.

Es claramente andino y hasta casi puede sentirse la paz y la quietud campestre en la mayoría de los poemas, así como la nostalgia de unas raíces que no conoció pero que reconoció como suyas. Descripciones de los escenarios, de los sonidos y pobladores enriquecen el verso y quizás fue en esta época en la que empezaron a emerger sus ideas políticas.

“Truenos” está compuesto por veinticinco poemas y contiene un fuerte sentimiento aéreo pero violento. De cierta forma, Vallejo asume un pensamiento más filosófico acerca de sus propias creencias y persiste la idea del amor desestabilizador que le provoca el objeto amado, la postura del yo poético frente a lo femenino, pero al mismo tiempo, establece un distanciamiento si lo comparamos con “Los heraldos negros”.

Se intuye a alguien de sexualidad conflictiva dado que mientras sus impulsos dicen “sí”, sus creencias la niegan. Posteriormente, esta realización amorosa hallaría su punto cumbre en *Trilce* con la figura de la amada; en *Poemas humanos*, como una forma de amor mesiánico; y en *España, aparta de mí este cáliz*, a una escala más universal.

Por último, está “Canciones del hogar”, compuesto por cinco poemas. El autor nos mues-



tra a grandes rasgos a su familia y los recuerdos que guarda de una niñez en un entorno bañado por la fe católica. Exhibe fragmentos de una infancia tranquila con un padre taciturno pero alegre, una madre cariñosa y preocupada por sus hijos y un hermano, compañero de juegos, a quien le dedica un in memoriam.

El poema que cierra "Canciones del hogar" es aquel que más me ha llamado la atención. Se

titula "Espergesia", que lejos de ser un neologismo es el nombre de una figura retórica que consiste en referirse a una misma cuestión de maneras diferentes.

Yo nació un día  
Que Dios estuvo enfermo  
[...]  
Todos saben que vivo,  
Que mastico... y no saben  
Por qué en mi verso chirrían  
Oscuro sinsabor de féretro  
[...]  
Yo nació un día que Dios estuvo enfermo  
Grave.

Es sorprendente, atrevida y hasta casi irónica la forma en la que establece la conclusión final, que no sería sino la del inicio, pero utilizando contra todo pronóstico, una aclaración hilarante. Es este el tipo de Vallejo que me gusta. Al margen de que *Los heraldos negros* sea o no su mejor poemario, yo considero que constituye una pieza clave en su evolución; los cimientos de lo que sería el poeta universal.